

CAOS, METAFÍSICA Y RESTAURACIÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

ADRIÁN ROCHA¹

Fecha de recepción: 15/06/2025

Fecha de aceptación: 1/07/2025

Para restaurar un orden que se considera perdido u olvidado, determinadas fuerzas profundas de la historia parecieran emerger para enfrentarnos con aquello que, de un modo u otro, nos hemos dedicado a ocultar, tapar o negar. ¿Qué significa la abrupta aparición de pulsiones que no sabíamos dónde estaban y que irrumpen con la fuerza de lo reprimido? Observamos consternados el conflicto desatado en Los Ángeles entre manifestantes y fuerzas de seguridad, aunque podamos vernos ante la contradicción de juzgar con diferentes categorías estos episodios y aquellos que ocurrieron cuando adherentes de Donald Trump también ejercieron actos de violencia contra el Capitolio. En Los Ángeles, activistas que podemos denominar *woke* atacaron a las fuerzas de seguridad, que respondieron con arrestos y más redadas. Las manifestaciones en Los Ángeles se contagiaron a otros estados. Casi automáticamente, nuevas marchas en contra de Trump bajo la consigna *No Kings* se multiplicaron y en Salt Lake City, Utah, un hombre disparó contra la multitud en esas marchas. En Minneapolis, el 14 de junio, la representante Melissa Hortman y su familia, y el senador John Hoffman y la suya, ambos demócratas, fueron atacados a tiros en sus respectivos domicilios. Hortman y su marido fallecieron. Hoffman y su mujer resultaron gravemente heridos. Tampoco debemos olvidar la violencia civil que se desató en Estados Unidos a raíz del asesinato del ciudadano afroamericano George Floyd a manos de policías blancos, en mayo de 2020, también en Minnesota, lo que dio más visibilidad al movimiento *Black Lives Matter* (creado en 2013) y generó, a su vez, una reacción especular en grupos antagónicos que ya contaban con cierto grado de movilización. Sin embargo, también es importante recordar que al actual presidente de Estados Unidos intentaron asesinarlo en 2024 durante la campaña.

La sociedad civil, cada vez más estimulada por aglutinamientos ideológicos virtuales, adopta posturas radicales y violentas. ¿Estamos, entonces, ante episodios y

¹ Politólogo, consultor y miembro del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Realizó cursos de doctorado en la Universidad del Salvador (USAL).

pulsiones estructuralmente diferentes? Desde febrero de 2022 somos testigos de la invasión por parte de Putin de un país soberano, bajo el argumento geopolítico de que las ampliaciones de la OTAN implicaban una amenaza a su seguridad nacional. Prestigiosas figuras de las relaciones internacionales como George Kennan o Henry Kissinger señalaron en numerosas oportunidades y en diferentes momentos del siglo XX que para Rusia siempre existirán “zonas rojas”: Ucrania era y sigue siendo una de ellas. Sin embargo, no menos prestigiosos historiadores como Claudio Ingerflom o Timothy Snyder han señalado las aspiraciones imperialistas y civilizatorias de la Rusia de Putin. Antes de la aparición de la excelente novela de Giuliano da Empoli, *El Mago del Kremlin*, en 2023, varios autores habían advertido acerca de la gestación de un proyecto civilizatorio en el corazón del poder ruso. Un proyecto que, si bien no es antioccidental, como sucede con la teocracia totalitaria iraní, sí pretende desafiar a las instituciones liberales de Occidente. Las investigaciones de Steven Lee Myers reflejan muy bien el proceso que se abrió paso en Rusia desde la llegada de Vladimir Putin al poder.

Hay tufillos intelectuales, modas del pensamiento y estructuras lingüísticas que a veces (no siempre) nos van dando pistas acerca del “clima de época” en que vivimos, de la teología política –siguiendo la exégesis schmittiana de Miguel Saralegui–² que opera de fondo, en tanto “ámbito central” (*Zentralgebiet*) de un tiempo histórico determinado. No es que esos tufillos intelectuales suscriban forzosamente lo que sucede, sino que, muchas veces, sin percibirlo, reflejan y evidencian algo que se está instituyendo, una suerte de “magma de significaciones imaginarias sociales”,³ al decir de Castoriadis, que entrelaza las creencias y las acciones en medio de un caos de estratificaciones nunca regulares, siguiendo con las elucubraciones del filósofo griego.⁴ También podemos designar este fenómeno con la expresión “espíritu de los tiempos” (*Zeitgeist*). Pero ¿existe realmente un “espíritu del tiempo”? ¿Nos animamos a afirmar, así sin más, que hay una “teología política” propia de cada época y que no hay forma de salirnos de esa metafísica que (super)estructuralmente pareciera dar el tono de cada era? Para ponerlo en términos musicales, ¿en qué tonalidad está nuestro tiempo? Sin duda, la tonalidad es menor o incluso disminuida, sombría, pero en una partitura que refleja cierta atonalidad, una suerte de *anarco-%&/);.´-,-ismo*⁵ que discute los fundamentos del orden que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los líderes políticos han diseñado. Por supuesto que esta atonalidad que vivimos hoy dista mucho de las utopías imaginadas por Arnold Schönberg y sus amigos. Tampoco podemos confiar demasiado en ninguna utopía, ya que, parafraseando a Lacan, cualquier pensamiento utópico está “reclamando un nuevo amo”. Al fin y al cabo, todos pareciéramos estar absorbidos por alguna forma de la metafísica. Como señala el filósofo Miguel Saralegui analizando la obra de Carl Schmitt: “Estructuralmente, el hombre no puede deshacerse de una metafísica, de un sentido

2 M. SARALEGUI, *Vacío y unidad. Introducción al pensamiento de Carl Schmitt*, Guillermo Escolar Editor S.L., Madrid, 2024.

3 C. CASTORIADIS, *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, traducción de Antoni Vicens y Marco-Aurelio Galmarini, Buenos Aires, 2010, p.552.

4 C. CASTORIADIS, *Los dominios del hombre*, Gedisa, traducción de Alberto L. Bixio, Barcelona, 2005, p.205.

5 A lo largo de estas páginas se explicará qué significa este concepto de *anarco-%&/);.´-,-ismo* que se ha inventado aquí para explicar una dimensión encriptada y desconocida, esto es, contingente, acerca del desenvolvimiento del actual estado de cosas.

último, ni siquiera cuando se es ateo. La sociedad atea es también una sociedad creyente”.⁶

Si ni siquiera los ateos pueden desprenderse de alguna forma de teologización, de cierto apego a una creencia que se proyecte más allá del más acá, que supere la inmanencia de la mundanidad, entonces la traducción sociopolítica de este carácter de la condición humana es inevitablemente la configuración de una zona superior, de un “espíritu del tiempo” que de alguna manera colorea o musicaliza la etapa de la historia que nos toca vivir.

EL ENIGMA DE LA RACIONALIDAD ESPERADA: ENTRE UN HOBBS SIN CONTRATO Y TUSAM. Estamos palpitando la destrucción de un ordenamiento moral y político. Pero hay algo más: esta vez la destrucción puede ser, además de moral, humanamente total, y eso está asegurado. Es decir, la destrucción de la especie.

Si nos detenemos en un ligero análisis de las fases en que se produjeron cambios de esta magnitud en la historia, caeremos en la cuenta de que las capacidades reales de la humanidad de destruirse por completo solo comenzaron a ser realmente posibles desde la creación de la bomba atómica: el ciclo que se inicia con el fin de la Segunda Guerra Mundial, que, aunque se considere el comienzo de una etapa pacífica y de relativo equilibrio, finalizó con el uso de dos de esas bombas: el 6 de agosto de 1945, una bomba atómica con el picaresco nombre de *Little Boy* fue arrojada en Hiroshima y, dos días después, se detonó otra llamada *Fat Man* en Nagasaki. *Little Boy* y *Fat Man* inauguraron así el nuevo orden mundial que hoy estamos viendo desaparecer.

Advertimos entonces que ese orden medianamente armónico configurado desde 1945 comenzó, a decir verdad, con la fuerza bruta. Si bien la Alemania nazi ya estaba derrotada cuando ambas bombas fueron arrojadas, Estados Unidos creyó necesario sentar las bases del nuevo sistema de poder mundial con un talante absoluto: quienes más recursos armamentísticos posean serán los que configuren el escenario internacional. A partir de ese momento, solo habría espacio para dos: los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, fundamentalmente desde su adquisición en 1949.

El factor nuclear puede considerarse como inaugural del sistema de poder surgido en 1945. La era de la destrucción mutua asegurada marcaría así las coordenadas venideras, cuyo acrónimo en inglés, MAD, también resulta ingenioso e inintencionadamente picaresco. Su creador, Donald Brennan, estipuló este apotegma con el incentivo racional de hacernos ver que, mientras más seguros estemos todos de que podemos destruirnos mediante el uso de armas nucleares, más restricciones tendremos a la hora de utilizarlas, ya que el efecto dominó de su uso inicial por parte de un actor podría conducir a respuestas que, en una secuencia comportamental previsible, provocaría la destrucción de todos. Se trata de un escenario similar al de las películas de mafiosos, cuando dos capos se encuentran para negociar. El espectador se pregunta: pero si son mafiosos, ¿por qué uno no mata al otro y ya, como hace Michael Corleone (Al Pacino) con Virgil Sollozzo (Alfredo Lettieri) en *El Padrino*? La respuesta está, precisamente, en la destrucción mutua asegurada: si cualquiera intentara matar a su enemigo, los esbirros del otro bando reaccionarían y se desataría la guerra de todos contra todos, lo que implicaría la muerte de cada contendiente. En este caso, el estado de naturaleza hobbesiano ínsito

6 M. SARALEGUI, *Vacío y unidad*, p. 62.

en esta ecuación no se resuelve mediante un pacto voluntario o contractual que dé lugar a una instancia neutral y superior, sino mediante una amenaza existencial: atacar puede tener consecuencias devastadoras. El estado de naturaleza, en lugar de apaciguarse ante el “miedo a la muerte violenta” y conducir así hacia su tentativa superación vía la creación del artefacto estatal, en este caso se radicaliza para, dialécticamente, auto-neutralizarse: “se ata las manos”, o se pone un chaleco de fuerza. El *Joker* de Heath Ledger también perteneció a este club: cuando necesitaba discutir con la mafia, asistía con bombas en su ropaje interior. Los mafiosos temían fundamentalmente que la racionalidad del *Joker* no fuera de tipo existencial: en lugar de “jugar al *Madmen*”, el *Joker* podría ser realmente un desquiciado. Ante esta incertidumbre, la mafia le temía, y con razones.

En efecto, y como suele decir el profesor Andrés Rosler citando al mago y filósofo Tusam, “puede fallar”. ¿Qué puede fallar, en este caso? Lo que puede fallar es la racionalidad esperada de cualquier actor del sistema, porque a veces quienes menos tienen que perder son aquellos que cuentan con más incentivos para redibujar los límites de lo posible. Además, que “pueda fallar” no implica necesariamente que todo se vaya al demonio si alguno decide arriesgar, ya que puede haber escenarios en los que no se produzca la destrucción mutua asegurada, que, sin embargo, sean lo suficientemente devastadores para desencadenar un período de guerras civiles y entre Estados duradero, constante, y difícil de erradicar. La destrucción mutua asegurada es, por lo tanto, solo una posibilidad entre otras dentro del amplio espectro del “puede fallar”. Podríamos incluso estar tranquilos si solo basáramos nuestras premisas en cálculos probabilísticos, ya que, a la luz de la historia, la posibilidad de que se desmadren las cosas si se usa un arma nuclear es, a decir verdad, baja. En efecto, los únicos casos que tenemos para testear la respuesta del sistema internacional a un ataque con bombas atómicas son los de Hiroshima y Nagasaki. Si nos basamos en estos casos, es fácil deducir que el país que primero arroje la bomba ganará, pues en aquel entonces fue así. Sin embargo, esto es una aporía. Todos sabemos que el escenario actual es radicalmente distinto, por varias razones: el contexto en sí mismo es muy diferente, pues no estamos saliendo de ninguna guerra mundial sino asistiendo a numerosas contiendas esparcidas en diferentes latitudes. El hecho de que estas contiendas todavía no se hayan homogeneizado mediante alianzas entre los más poderosos, dando lugar a un conflicto global y unificado, nos impide hablar, por ahora, de una tercera guerra mundial. Por otro lado, el número de países con armas nucleares hoy es significativamente mayor que en aquel momento. El monopolio nuclear estadounidense finalizó en 1949, cuando la URSS construyó su propio juguete. Luego le siguieron el Reino Unido, Francia, China, India, Pakistán y Corea del Norte. Israel seguramente disponga de armas nucleares, aunque no exista confirmación oficial. Irán no dispone de armas nucleares, pero según estimaciones internacionales calificadas, ha superado el 80% de enriquecimiento de uranio. Se trata de un nivel de desarrollo avanzado cuya distancia con la definitiva creación de un arma nuclear es mínima. Sin embargo, incluso esta información puede ser incompleta: por esa razón Israel y Estados Unidos atacaron las instalaciones nucleares de Irán, ya que no pueden permitir que ese desarrollo avance un paso más (si es que ya no alcanzó su grado máximo), puesto que, en ese escenario, Irán estaría en condiciones no solo de atacar nuclearmente a Israel, sino de dotarse, a partir de este armamento, de una capacidad de negociación y extorsión internacional mucho mayor. En cualquier escenario, un Irán con armas nucleares cambiaría drásticamente el equilibrio de poder en Oriente Medio y, por lo tanto, en el sistema internacional.

¿CUÁL ES LA TEOLOGÍA POLÍTICA DE LOS TIEMPOS QUE VIVIMOS? La teología política o el espíritu de nuestro tiempo parece ser la voluntad cruda del poder, esto es: el deseo de ejercer el poder despojado de las instancias de mediación que hemos creado para mitigarlo. Se trata de una concepción del poder sin intermediarios, sin la institución o el artefacto que media entre el deseo y el objeto, lo cual destruye (por ahora sin proposición clara sobre la reconstrucción) el modelo contractual que heredamos. El contrato ha sido rescindido, aunque con siglos de generaciones en el medio. Los descendientes no suscriben el pacto de los fundadores. Entonces emerge la búsqueda de neutralizar el poder con el mismo poder, como si de una “guerra” de voluntades se tratara, en la que el ganador se llevará todo y logrará imponer sus valores, sus deseos y sus exclusiones. Esto pareciera estar sucediendo a escala global en las sociedades de Occidente, y es lo que explica tanto los problemas internos como los conflictos internacionales contemporáneos, una problemática que rompe el paradigma hermenéutico que separa los estudios internacionales de los análisis domésticos. Estamos ante una revolución global, aun asumiendo que ese término pueda significar, como nos enseñó Koselleck, lo que los posicionamientos políticos desean que signifique: “En el concepto ‘revolución’ hay, por tanto, una gradación de estratos temporalmente diferentes que se utilizan, mezclan y dosifican de distinto modo en función del posicionamiento político”.⁷ El “espíritu” ganador decidirá, entonces, qué sentido tiene *esta revolución* que estamos transitando. Henry Kissinger señaló en sus lúcidos análisis sobre la diplomacia que

la *Realpolitik* –una política exterior basada en cálculos de poder y en el interés nacional– redundó en la unificación de Alemania. Y la unificación de Alemania provocó que la *Realpolitik* se volviera contra sí misma, realizando lo contrario de lo que se había propuesto. Porque la práctica de la *Realpolitik* evita carreras armamentistas y guerras sólo si los principales actores de un sistema internacional son libres de adaptar sus relaciones de acuerdo con circunstancias cambiantes, o si los restringe un sistema de valores compartidos, o ambas cosas.⁸

Acaso podamos decir lo mismo respecto del orden mundial surgido en 1945, pero en un sentido inverso: el multilateralismo y la búsqueda de instaurar un sistema de valores cosmopolita basado en la “paz perpetua” kantiana se han vuelto contra los mismos artífices de ese sistema. El intento de imponer un sistema de valores de tipo occidental, basado en la democracia liberal, la competencia entre partidos, la “tolerancia”, combinado con la hegemonía de las potencias que, incluso luego de la Guerra Fría, continúan siendo las que dictan las normas del orden internacional, llevó al sistema de poder occidental a grandes desacuerdos respecto de los valores e incentivos que deben guiar la acción conjunta. Esto dio lugar a movimientos sociales que, dentro de las mismas democracias occidentales, buscan hacerse con el poder para imponer una agenda propia, diametralmente opuesta a la de sus contendientes, que ya podemos definir a secas como enemigos.

La preponderancia de las fuerzas de este nuevo *anarco-liberalismo* se torna evidente cuando vemos los intentos cada vez más radicalizados de cada una de las partes

⁷ R. KOSELLECK, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, traducción de Luis Fernández Torres, Madrid, 2012, p. 165.

⁸ H. KISSINGER, *La diplomacia*, FCE, traducción de Mónica Utrilla, México, 1999, p. 133.

por imponer *su voluntad*: militantes *woke* (o populistas de izquierdas) desean hacerse con el Estado para, desde arriba, instaurar *su proyecto* de poder. Lo mismo sucede con la derecha radical, que avanza en muchos países mientras se consolida en otros. Precisamente la necesidad de *imponer* un orden revela la *ausencia* de un orden establecido. Como si algo flotara en el aire susurrándonos que todo está muy frágil y que puede “pasar cualquier cosa”: *War is in the air?* De alguna manera, sí, en el plano civil e internacional, y también en un sentido literal. China realiza ejercicios sobre Taiwán, violando abiertamente su soberanía aérea. Israel lanzó un ataque aéreo preventivo y necesario contra las instalaciones nucleares de Irán, un país que nunca respetó los acuerdos en esa materia y cuya meta es eliminar a Israel y a Occidente. Una meta declarada por las máximas autoridades del régimen iraní. Trump instó a Irán a aceptar un acuerdo que, apenas unos días antes de los ataques de Israel, venía negociando con el país persa, y luego admite que él sabía que Israel estaba por atacar, dándole así un ultimátum a Irán. Todavía no sabemos cuál será la respuesta real y sostenida de Irán, más allá de los ataques convencionales que ya efectuó. Lo que sí sabemos de Irán es que, además de responder con ataques convencionales, utiliza el terrorismo. En efecto, y más allá de los episodios surgidos de la “guerra de los doce días”, Irán advirtió que sus capacidades militares pueden ser fácilmente sobrepasadas por Israel (ni hablar de Estados Unidos), por lo que cabe esperar que intensifique el juego sucio, ese que mejor le sale: el uso del terrorismo para pegar donde más duele, la población civil. Una práctica que Irán ejerce deliberada y estratégicamente. Aunque esto parezca una nimiedad a la hora de evaluar la muerte de inocentes, en realidad no lo es.

Caemos así en la cuenta de que ese orden precario y pretencioso –pero orden al fin– que se había instaurado a partir de 1945 ha desaparecido. No sabemos con exactitud cuándo comenzó esto. ¿Fue en 2007 en el discurso de Putin en la Conferencia de Seguridad de Múnich? ¿Fue con las operaciones en Abjasia y Osetia del Sur en Georgia en 2008? ¿Fue en 2014 con la anexión de Crimea? ¿Fue en 2022 con la invasión a Ucrania? ¿Todos los caminos conducen a Rusia? Todos los caminos conducen a Rusia, pero no solo para mostrarnos al “culpable”, sino para revelarnos el “espíritu de nuestro tiempo”, la teología política de esta era, que revela al acabamiento de la aceptación de gran parte de las sociedades occidentales respecto de las instancias de mediación creadas para intentar neutralizar la relación entre el poder y los súbditos, entre representantes y representados, entre soberanía e individuo. Una teología política que no puede ser sino hegeliana, totalizadora, pues la destrucción mutua asegurada o la posibilidad de un cambio dramático por la derivación global del uso de armas nucleares totaliza los resquebrajamientos diferenciales del sistema mundo dotándolo de una unidad conceptual. Y fue Putin quien mejor supo captar y adaptar este espíritu del tiempo a sus objetivos geopolíticos y civilizatorios. En este aspecto, Vladimir Putin, con su recuperación de la Razón de Estado como fundamento total y privilegiado del poder, nos ha demostrado que el retorno de lo reprimido no es sino la restauración de algo inherente a la condición humana: la lucha por el poder, por la voluntad misma del poder, que como tal debe disponer de algún ropaje civilizatorio; ropaje que, en el caso de la Rusia de Putin, está tan entremezclado con la voluntad de poder que resulta imposible disociarlos.

Las acciones de Putin nos fueron iluminando una dimensión que, particularmente en Occidente, habíamos dado por reprimida y exiliada: la imposición de la voluntad cruda del poder del más fuerte. Tanto Angela Merkel como Macron fueron sorteando –en el caso europeo– de formas muy incómodas, pero relativamente balanceadas, los avances de

Putin cuando todavía la mediación entre el poder crudo y la forma política (el Estado) estaba fortalecida. Desde la llegada de Trump a la escena mundial, en su primer mandato, esta tendencia sobre la voluntad cruda del poder fue consolidándose. Hoy, en 2025, ya no caben dudas de que estamos ante un proceso de voluntades impuestas en el que no pareciera haber temperamento que habilite el *tipo* de diálogo que morigera los conflictos. Y esto sucede no solo por los liderazgos que predominan, sino por lo contrario: porque las bases sociales que desean esos liderazgos se encuentran tan radicalizadas que resulta imposible esperar otra cosa de sus demandas. Algo se ha roto. Los valores compartidos ya no existen, y es por esta razón que el sistema fundado en 1945 sobre los escombros de la Segunda Guerra Mundial está quedando atrás.

LA RESTAURACIÓN ENCRİPTADA O EL CÓDIGO DE LO DESCONOCIDO. Ante el evidente vacío que genera la desaparición de un orden, el caos se presenta como la condición inevitable, incluso necesaria, para la creación de uno nuevo. El paso de una teología política a otra exige un interregno metafísico antes de que broten los nuevos valores, las nuevas formas que estableceremos para mediar la distancia entre el deseo y el objeto, entre el poder y su dominio. Estamos en ese interregno, y el desplazamiento de una matriz de valores oxidada hacia una nueva no puede darse sin un depurador proceso de destrucción endógena que abra el camino hacia lo nuevo, hacia lo desconocido.

Hans Blumenberg, analizando las relaciones entre Nietzsche y Freud en el contexto del mito prometeico, en *Arbeit am Mythos* (1979), señala que

el fuego es asociado a la definición del hombre como hacedor de instrumentos. Esos lugares con restos de fuego son ya parajes donde se ha tratado con tal elemento domesticándolo. Esto es ya una diferencia respecto a los instrumentos de piedra prehistóricos, encontrados así en la naturaleza o toscamente trabajados.⁹

La domesticación del fuego aparece, así, como la instauración de la cultura: domeñar el fuego es un símbolo de control, es voluntad de poder. ¿Acaso no es un rasgo civilizatorio la volición de dominar el mismo poder? ¿No es la guerra un intento final, la *ratio* última de aquella aspiración por dominar el poder? Pues bien, restaurar el orden mediante el puro poder, esto es, a través de la recuperación de los instintos beligerantes (de las “tempestades de acero”, diría Jünger) se nos aparece hoy como un proceso inercial, inminente, en el que coexisten lo atávico y lo supramundano, lo instintivo y lo técnico, la voluntad y la tecnología. Lo atávico de una lucha casi tribal por la imposición de la voluntad cruda se funde así con la domesticación de la tecnología con fines utilitarios para que esa voluntad se materialice. De allí el *anarco-%&/);.´ -,º”-ismo* que vivimos, en donde lo que anida entre la dimensión netamente anárquica y el ismo que le sigue está todavía encriptado: es el código de una restauración desconocida, que no sabemos qué forma adoptará, qué metafísica nos dará como resultante de un *ciclo* histórico, qué instancia de mediación arrojará para que se instale entre el poder crudo y el efecto de ese poder sobre los seres humanos, hasta que nuevamente esa teología política deje de sernos útil para ordenar la civilización y pasemos así a otra crisis del sistema de valores, en una circularidad contingente, como ha pasado entre el Renacimiento, la Reforma y la Revolución Francesa, y entre esta y las revoluciones industriales subsiguientes, las

⁹ H. BLUMENBERG, *Trabajo sobre el mito*, Paidós, traducción de Pedro Madrigal, Barcelona, 2003, p. 658.

revoluciones de 1848, y la relativa estabilidad de la segunda mitad del siglo XIX hasta las dos guerras mundiales del siglo XX y el comienzo de una nueva era en 1945. Los cambios de valores imperantes, esas metafísicas que configuran épocas y geografías determinadas, vistos de esta manera, pueden considerarse de alguna manera esperables, pero nunca podemos saber cuándo realmente se definirán. Lo que sí podemos percibir es la progresiva destrucción de los valores de un sistema, junto con su consecuente caducidad. Eso mismo que estamos viviendo ahora.

Precisamente ante la encriptación de ese orden que busca surgir del colapso de las creencias que nos han guiado hasta aquí es que nos volvemos espectadores privilegiados de lo desconocido. Presenciamos atónitos un asombroso cambio de época que estimula la actitud anárquica de sociedades que guerrearán contra valores estipulados por sus ancestros y –ese decurso revolucionario– contra toda autoridad (previa y consolidada). Un cambio de época que, de momento, no ha dado con su desenlace, con su reconciliación hegeliana pero siempre temporal, nunca final, hasta que ese mismo final llegue en forma de dialéctica negativa, de reconciliación imposible.

Sin embargo –y aquí radica lo más alucinante de este momento– no sabemos si la racionalidad latente en la destrucción mutua asegurada prevalecerá. Tenemos razones para dudar. No podemos estar seguros de que alguno de los poseedores de armas nucleares no decidirá actuar en contra de todo pronóstico para dar, finalmente, un golpe inesperado. Ese golpe de gracia que pondrá al resto de los poseedores ante un dilema existencial: asumir la desescalada o destruirlo todo.